

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

569

25
cts

ADOLPH MENJOU

CONSTANCE BENNETT
ROBERT MONTGOMERY

LA PECADORA

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

Año XI BARCELONA N.º 569

La pecadora

Asunto sentimental, interpretado por
Adolph Menjou, Constance Bennett, Anita
Page, Robert Montgomery, etc.



Es un film de la famosa marca
METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER

Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

JUAN TORENA

La pecadora

Argumento de la película

En un humilde pisito vivía la familia Murdock. Estaba constituida por el matrimonio y cinco hijos. El padre era un hombre poco amigo de trabajar. Desde que sus hijos eran mayores y le entregaban su jornal, él llevaba una vida de vagancia, pretextando siempre un reuma pertinaz que le impedía dedicarse a ninguna labor.

Laura y Peg eran las hijas mayores, dos temperamentos bien opuestos. Laura estaba empleada en un bazar de novedades, Peg en casa de una modista. Pero mientras Peg vivía contenta y feliz con su existencia humilde, iluminada por el amor de un novio menestral, Laura se rebelaba ante la idea de que su vida se deslizaría siempre monótona y llena de privaciones como hasta entonces. ¡Ah, un novio rico, un hombre que tuviera fortuna y adquiriera para ella todas esas maravillas del lujo y de la civilización!

Andy y John eran los dos hijos varones. El primero trabajaba ya, y en cuanto a John, su padre estaba dispuesto a sacarle de la escuela para que también se espabilase. Tenía doce años y justo era que contribuyese a los gastos de la casa.

Tillie era la hija pequeña, siempre deseosa de jugar y de divertirse. Tenía diez años y a menudo disputaba con John.

La verdadera víctima de aquella casa, sobre la que caía toda la faena, era la madre, una mujer enfermiza, pero de una voluntad de hierro.

A menudo, oyendo decir a Laura sus anhelos de riqueza, la recriminaba por ello, encareciéndola que no había mejor felicidad que la de resignarse con lo que se tiene. Laura contestaba de modo ambiguo, protestando contra la escasez que reinaba en su casa y que comparaba con el lujo que veía en muchas partes de la ciudad.

—Pues aquí no podemos darte más—decía la madre—. No sé qué quieres que haga. Me paso la vida economizando... mientras tu padre continúa sin trabajar.

El aludido tosió discretamente.

—¿Qué culpa tengo yo de que los negocios anden mal y de que no haya trabajo en el puerto?

—Tú no trabajas, pero, en cambio, obligas a John a que lo haga. Y valdría más que fuese a la escuela.

—Quiero que trabaje. Yo dejé la escuela a los diez años y la instrucción que tengo me la debo a mí mismo.

—Ya se ve.

Interrumpió la conversación la llegada de Smith, el novio de Peg, un muchacho activo feliz

en su humildad. Estaba empleado en un taller de planchado y ahorra febrilmente con la esperanza de poder trabajar por su cuenta y casarse cuanto antes.

Se desayunó con ellos y entregó a su futuro suegro el paquete de camisas y cuellos que éste le había dado unos días antes para planchar.

—Quisiera pagarte una parte de mi cuenta, pero estoy sin trabajo.

—No se preocupe. Ya me pagará.

Los novios marcharon. Smith acompañaría a Peg hasta el taller donde ella trabajaba. Laura los vió marchar con una sonrisa desdeñosa, de criatura superior que desprecia a los humildes.

—Será muy divertido ver a Peg casada con un pelagatos.

—No te burles—le dijo la madre—. Es un muchacho de gran porvenir.

—No lo aceptaría yo.

—Tú tienes la cabeza a pájaros. Si hicieras caso a Chris, realizarías una buena boda.

—¿Yo casada con aquel hortera? Pero, ¿es que crees que me he vuelto loca?

Se arregló ante el espejo, se encontró guapa e interesante y marchó lentamente hacia su trabajo, con el corazón lleno de ambiciones, de ansias de ser y de vivir bien.

Pasó ante la tienda donde Chris estaba como encargado. Aquel muchacho, enamorado de Laura, salió a su encuentro.

—¡Déjame, Chris!—le dijo en tono desabrido—. Voy a llegar tarde.

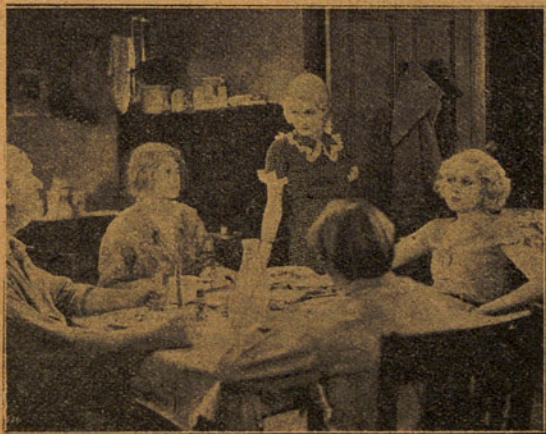
—Tú sabes que te quiero, Laura. ¿Por qué no me quieres tú también un poquito?

—No son posibles estas relaciones. Yo necesito mucho para vivir.

tranquilo—. Los Williams me habían informado.

—Creo que me aumentarán el sueldo. ¿Me das alguna esperanza, Laura?

—Siento decirte que no. No pienso casarme, por ahora.



—Es un muchacho de gran porvenir.

Y despidióse bruscamente de él, proponiéndose no volver a pasar por aquella calle, a fin de no encontrarse con Chris. No le gustaba y tenía, además, un gran defecto: su pobreza.

Llegó a la tienda y fué a ocupar su sitio en la sección de corbatería. ¡Qué trabajo tan monótono aquel!

A media mañana llegó un caballero y escogió unas corbatas, sin que acabase de gustarle ninguna.

—¿No le agrada nada de lo que hay aquí?
—dijo Laura.

—Nada, es mucho decir. Usted es lo mejor que hay en la tienda.

—¿Se burla?

Pero el presunto comprador parecía hombre muy serio, y continuó:

—¿Quiere usted tener la bondad de salir del mostrador? Quiero verla de cuerpo entero.

Laura, un poco intrigada, obedeció, y el caballero la examinó con detención.

—Con una figura tan bella como la que tiene, está usted aquí perdiendo el tiempo.

—¿Y qué quiere que haga?

—Otro oficio. Posar en una casa de anuncios.

—No entiendo.

—Tome usted esta tarjeta y vaya a verme. Necesitamos muchachas guapas como usted para que las reproduzcan nuestros dibujantes. Hay que publicar anuncios sugestivos, atrayentes.

—Gracias, señor. ¿Cuándo quiere usted que vaya?

—Mañana, a las cuatro de la tarde.

Al día siguiente, Laura se dirigió al despacho de la agencia de publicidad donde el señor Gensler, el caballero que había estado en la corbatería, la contrató en condiciones mucho más ventajosas que las que tenía en la tienda. Y desde el siguiente lunes fué a prestar servicio en su nueva ocupación. No era su ideal, ni mucho menos, pero era un trabajo menos cansado que el anterior.

Se pasaba el día en los estudios de aquel despacho, posando como modelo de los diferentes anuncios que varios dibujantes reproducían con arte y exquisita gracia.

La silueta de Laura, fina, sinuosa, sirvió a las mil maravillas para crear anuncios artísticos de una gran belleza y originalidad.

Laura estaba satisfecha. No sabía por qué, pero sentía una voz en el corazón que le auguraba para muy en breve un cambio radical en su vida.

El señor Brockton era el propietario de la sociedad de anuncios artísticos. Un hombre riquísimo, solterón dado a los negocios y al placer. Hombre que no quería casarse porque estaba convencido de que nada es menos monótono que la variedad.

Días después, el señor Brockton estaba examinando, en compañía del director señor Gensler, las nuevas y artísticas creaciones. De repente se fijó en los dibujos que reproducían la bella figura de Laura.

—He aquí una cosa que está bien—dijo—. ¿Quién es la modelo?

—Laura Murdock. Me pareció una adquisición excelente.

—¿Quién es su familia?

—Creo que gente muy humilde.

—¡Me interesa! Haga el favor de mandarla a buscar.

Y saboreó un cigarrillo, pensando de antemano en el deseo de conquistar ya a la linda dependienta.

Esta se hallaba hablando con Mary, una modelo ya otoñal, mujer despreocupada, que no había reparado en medios para vivir bien. Precisamente se iba ahora de la casa porque un viejo muy simpático la había retirado para su servicio particular.

—No hay que perder el tiempo, chiquilla—

le aconsejaba—. Eres joven y debes aprovecharlo bien.

Un ordenanza entró en la sala, diciendo a Laura que el señor Brockton deseaba verla.

—Voy en el acto. Pero antes me tengo que vestir—dijo, señalando el *déshabillé* que ella llevaba para posar.

—No te preocupes. A Brockton le gustarás más así. Hasta tal vez te aumente el sueldo.

—¿Tú crees?

—Es un pájaro de cuenta, pero muy simpático y generoso.

Sonriente, Laura se dirigió al despacho del señor Brockton. Este se hallaba solo.

—Pase, pase usted—dijo el dueño, examinándola con interés y viendo que la realidad no era inferior a lo previsto.

—A sus órdenes, señor—dijo humildemente y envolviendo en una mirada a Brockton, que le pareció un hombre muy simpático.

—Usted posa muy bien. ¿Le gusta su trabajo?

—Sí.

—¿Cuánto gana por semana?

—Veinticuatro dólares.

—¿Y por veinticuatro dólares puede usted comprar todas las chucherías que necesita una linda mujer?

—Sé dónde encontrar las gangas.

—¿Tiene usted novio?

—Los jóvenes que conozco son un poco... ordinarios, y no es muy agradable salir con ellos.

—¡Ah, es usted una muchacha bien educada! No gusta de la gente ordinaria...

—Es que no conozco a otros. A los galanes sólo los veo en el cine.

—¿Y con quién va usted al cine? ¿Con su madre?

—A veces me acompaña un joven. Chris Svaboda.

—Y ese joven, ¿no es ordinario?

—De lo mejor que conozco. Pero no tiene suerte. Gana poco dinero.

—¡Mala cosa!

Tocó un timbre, apareciendo un ordenanza.

—Dígale al señor Gensler que la sesión de pose de la señorita Laura ha terminado por hoy.

—Pero...—exclamó Laura sorprendida.

—Iremos a dar una vuelta en coche. ¿No le agrada?

—Señor, creo que no puedo aceptar.

—¡Déjese de tonterías! Yo me intereso por usted.

Alegremente, como deslumbrada, cual si viviese en una atmósfera de misterio, Laura marchó con el señor Brockton a dar una vuelta en coche.

Y aquel día fué el principio de una nueva era, en que Laura, olvidando el respeto que se debía a sí misma, sólo pensaba en el lujo, en las promesas que le hacía aquel hombre, tan fino, tan señor, tan amable en todas sus manifestaciones.

Y pronto Laura dejó de ser la humilde modelo, para convertirse en la amiga de Brockton. Ciertos escrúpulos morales le impidieron al principio acceder a aquel amor tan ardientemente solicitado, pero el ansia que había en ella de riquezas, de dinero, de placeres, pudo más, y cayó en brazos del millonario.

Ignoraban en su casa aquel cambio radical en la vida de Laura, aunque, especialmente la ma-

dre, mujer despierta y ducha, barruntaba algo misterioso en la existencia de su hija.

Ella salía a menudo de noche, pretextando que había mucho trabajo.

—¿Es posible que trabajes tanto?

—Sí, mamá, no hay otro remedio.

—Has cambiado por completo, Laura, no sé qué pensar de ti.

Ella movió los hombros ambigüamente. Parecía desplazada en aquella casa, como si aquella sencillez la molestara profundamente.

Fué a su cuarto a arreglarse. Murdock entró en la estancia de su hija.

—No te inquietes por tu madre. Sospecha de todo el mundo.

—No le hago caso.

—¿Me puedes prestar cinco dólares, Laura?

—Tómalos, pero no los gastes en vino.

—Gracias, Laura. Eres un ángel para mí.

Y aquel hombre, sin preocuparse de la procedencia del dinero, dejaba salir a Laura todas las noches, y no la recriminaba porque volvía al amanecer.

Días más tarde, el señor Brockton se opuso a que Laura siguiera viviendo en su humilde pisito y la instaló en una casa magnífica, amueblada a la moderna, con las más refinadas comodidades.

—Quiero hacerte la vida fácil—le dijo—. Cada día me siento más atraído hacia ti.

—¿De veras me quieres?

—Profundamente.

La besó y estuvo con ella hasta el día siguiente. A la otra mañana, fueron a una casa de automóviles, a adquirir un coche precioso para Laura.

Después fueron a una joyería, donde Brockton le compró un soberbio collar.

Ella estaba deslumbrada ante aquellos regalos. Aun por la tarde compraron dos abrigos de pieles y varios vestidos de la mejor calidad.



—Cada día me siento más atraído hacia ti.

Era feliz; estaba contenta. Brockton era un hombre digno le estima. No es que ella le amase con amor de pasión, pero sentía por él un dulce sentimiento de gratitud. Le daba cuanto ella había ambicionado en sueños, cuanto le había parecido cosa de cuento de hadas.

Cuando en su casa se enteraron de la nueva situación de Laura, hubo una escena violentísima. La madre, fiel guardadora del honor familiar, ordenó a Laura no volviera a poner los pies allí. Era como si no tuviese tal hija.

Sólo el padre no protestó. No le parecía del todo mal que ella se procurase un porvenir. Además, ¿quién sabe? A lo mejor, aquel señor tan rico acababa casándose con ella.

Laura no volvió a su casa, instalándose en el magnífico piso que le había puesto Brockton. No sintió dolor ni remordimiento alguno al abandonar a su familia; su afán de placeres podía más que todo.

De vez en cuando, mandaba algún dinero a su padre, y éste, cínico e inmoral, se felicitaba del nuevo destino de su hija.

El se quedaba con todo el dinero, pues una vez que intentó dar algo a su mujer, ésta lo rechazó, asegurando que le quemaría las manos el tomarlo. Quería dinero de procedencia honrada, no fruto de la más ruín de las ventas...

* * *

Pasaron meses. Laura seguía viviendo con lujo. Brockton tenía para ella todas las atenciones de gran señor hacia su amiga.

Peg, la hermana de Laura, se había casado con Smith, que a copia de ahorros comenzaba ahora a trabajar por su cuenta en el taller de planchado. Antes del año, eran ya padres de un niño, un bebé rubio como su madre.

Vivían en una casita situada en un barrio de los alrededores de la ciudad.

Cierta vez, Laura sintió el deseo de ir a ver a su hermana, y en su magnífico Rolls se dirigió a visitarla.

Aunque Peg había censurado igualmente la conducta de Laura, no había roto del todo sus relaciones con ella.

Se saludaron afectuosamente.

—¿Y qué es de tu vida, Laura?

—Todo color de rosa—contestó—. Hemos estado un mes en Atlantic City y la semana próxima partimos para Colorado.

—¿Por qué no te casas con Brockton? Si pudieras legalizar tu situación, mamá volvería a recibirte.

—Los hombres como Brockton no se casan nunca.

—Haces muy mal en vivir así.

—La única manera de vivir bien.

—Es muy lamentable, Laura. ¡Si te encuentra aquí mi marido! A él no le gusta tu situación.

—Como a los de casa... menos a papá. A éste, entregándole dinero, todo le parece de perlas. Y mamá, ¿no habla nunca de mí?

—¡Ya nunca!

—Bien, Laura—dijo sonriente y cambiando de conversación—. Te he traído unos regalitos. Un par de vestidos. Te sentarán a maravilla.

Con ese poder fascinador que ejercen los trapos bellos sobre las mujeres, Peg contempló con inmenso entusiasmo aquellas prendas de lujo.

Llegó Smith, de su vuelta del trabajo. Al ver a su cuñada, arrugó severamente el entrecejo.

—No quiero que Peg lleve los trajes de una mujer como tú, Laura.

—¿Y por qué motivo?

—Demasiado lo sabes. Y, además, tampoco quiero que vengas a visitarnos con coches tan suntuosos como ese Rolls.

—Está bien. Ya no volveré más. Me haré el efecto de que carezco de toda familia.

—Tú sola tienes la culpa.

Laura marchó con un principio de melancolía en el corazón. Pero al hallarse dentro del confortable coche, ya no volvió a acordarse más de los suyos. No estaba dispuesta a abandonar su vida de lujo.

* * *

Al día siguiente, Laura y Brockton partieron para Colorado. Durante el viaje, su amigo le advirtió:

—Será necesario que te deje cuando lleguemos a Colorado.

—¿Por qué?

—Tengo que realizar un viaje de negocios. Entretanto, te instalarás en casa de unos amigos míos, Bud Williams y su mujer. Poseen un rancho magnífico.

—Pero... si no me conocen...

—¿Qué importa? Williams tiene mucho que agradecerme, y estoy seguro de que su esposa te acogerá bien.

Los vaticinios de Brockton se cumplieron. Los Williams recibieron a Laura de manera muy afectuosa, cariñosísima. Brockton la presentó como su secretaria particular, y aunque ellos dudaron mucho de que sólo fuera esto, tuvieron atenciones exquisitas para la joven.

Brockton partió a la otra mañana y Laura, acompañada de sus amigos, hizo varias excursiones a caballo por aquellos magníficos parajes.

Cierto día llegó un nuevo invitado de los Williams. Era periodista y se llamaba Jack Madison. Muchacho listo, muy amable, muy culto, sabía hacerse simpático.

Presentado a Laura, sintió por la "secretaria particular" del señor Brockton un interés pleno de emoción. Con la violenta rapidez del fuego, quedó súbitamente prendido en el amor. Y Laura también, por vez primera en su vida, sintió que un hombre le interesaba, sin pensar si era rico o pobre, sin hacer cálculos acerca del porvenir. Le interesaba porque sí, porque era él, porque tal vez así lo había mandado el destino en sus designios misteriosos.

Se hicieron muy amigos. Iban a menudo de excursión, respirando el aire puro de la sierra.

—¿Le gusta Colorado?—decía él.

—¡Mucho! Le aseguro que casi más que Nueva York.

—¡Como a mí! ¡Qué montañas tan gigantesas! Parecen rascacielos como los de la gran ciudad. Pero mientras aquéllos parecen aplastarnos, éstos, los de aquí, nos protegen, nos abrazan...

—Es muy bonito lo que usted ha dicho.

—La verdad, lo que yo pienso.

—¿Es usted artista?

—Un poco. Periodista. Y me gustan las cosas bellas, un paisaje, un libro, usted...

—¡Qué gracioso!

Se sucedieron las entrevistas. Y, poco a poco, la atracción era mayor. Cierta tarde fueron a dar un paseo a caballo, como de costumbre. Jack estaba triste. Tenía que marcharse ya.

—¿Y dónde va usted?

—Me han encargado un importante reportaje en Sudamérica, y esto, para mí, es un paso magnífico en mi carrera.

—Siento que se vaya. ¡Me había acostumbrado ya tanto a su compañía!

Se habían detenido junto a la casa. Jack acarició las manos de su amiguita y le dijo, mirándola tiernamente:

—Escúcheme bien, Laura... Desde hace unos días, quiero decirle algo que usted ha debido ya comprender.

Bajó los ojos, emocionada. El amor le hacía olvidar su situación, todos los demás sentimientos. Aquella mujer, que hasta entonces había sido esclava del lujo, que para conseguirlo había roto con la familia y la moral, ahora se sentía enternecida ante aquel hombre, al que adoraba. Era el amor, superior a todas las cosas de la tierra. De haber tenido antes un verdadero amor, de haberlo sentido de veras, acaso no hubiese llegado a ser lo que hoy era...

Pero, repentinamente, se entristeció. ¿En qué estaba pensando? ¿Quién era ella, sino la amiga de Brockton? A cambio del lujo, de las riquezas, había hipotecado su porvenir, su tranquilidad. Porque, ¿qué hombre se casaría con ella cuando supiese la verdad?

No contestó, y Jack, tomando su silencio por conformidad, la estrechó contra su corazón, y la besó en los labios. Y ella, al impulso de esa caricia, se sintió feliz e intentó olvidar, besando también largamente.

Sonaron unas risas cerca de ellos, y cuando se separaron aturridos, vieron al señor Brockton que, montado a caballo, sonreía agitando levemente un junco. Acababa de llegar y se encontraba ante un espectáculo inesperado.

Sin perder su tranquilidad, su flemma de gran señor, dijo sonriente:

—Seguramente que no me esperabas tan pronto, Laura, ni te agrada mi presencia.

Ella, avergonzada, entró en la casa, mientras Jack quedaba ante Brockton, contemplándole activamente, como si quisiera desafiarle. Pero el negociante bajó de caballo y, sin inmutarse en lo más mínimo, entró en la casa para saludar a sus amigos, los Williams.

Una hora después, Jack llamó a la estancia de Laura, donde ésta preparaba sus maletas, pues quería marcharse de allí, alejarse de aquel Jack, cuyo amor era una cosa imposible.

—¿Cómo es que se marcha?—le preguntó el periodista—. ¡Así, tan de repente!...

—Tengo que confesarle la verdad, Jack... Yo no puedo casarme.

—Sabía esa verdad —respondió con acento tranquilo—. Los William me habían informado.

—Pues, entonces, ya ve usted cuán imposible es nuestro cariño.

—¡Laura!—dijo, arrebatado por aquella pasión que le encendía—. Tu pasado no me interesa. Lo único que quiero saber es si me amas.

—Te quiero con toda mi alma, como nunca

hubiera podido pensar que se quería. Jack, he arruinado neciamente mi vida, pero necesito contarte cómo he llegado a esta situación.

—No es necesario. Te perdono tu pasado. Sólo me interesa tu presente. ¿Estás dispuesta a dejar a Brockton?



—*Lo único que quiero saber es si me amas.*

—Todo ha terminado entre nosotros.

—Pues, entonces, Laura, ¿qué importa lo demás?

Tras unos apasionados besos, el joven manifestó:

—Voy a estar fuera dos o tres meses. ¿Qué piensas hacer durante mi ausencia?

—Trabajaré en alguna tienda, en cualquier parte. Quiero ser buena, para ti. Me hospedaré en el hotel Rose, de Nueva York.

—Allí te telegrafiaré. Y, cuando vuelva, nos casaremos.

Jack se despidió de ella, convencido de su fidelidad, de que en lo sucesivo nada había de temer.

Marchó el periodista aquella misma tarde. Brockton, que aun no había querido ver a su amiguita, se decidió al fin a ir a visitarla a su habitación.

Ella le miró tristemente, decidida a abandonarle.

—Laura, no pareces muy alegre.

—Brockton, he de confesarte una cosa. Tal vez me tildes de ingrata, pero...

—Pero ¿qué? ¿Qué pretendes?

—Jack quiere casarse conmigo. Me adora... y yo quiero ser su mujer.

El negociante se echó a reír con una gran risa burlona.

—¡Qué tontería tan grande! Ese pobre periodista no cuenta con medios para mantener a una mujer como tú.

—Afrontemos claramente la situación —respondió ella con severidad—. Ningún lazo eterno nos une a nosotros dos. ¿Por qué no separarnos amistosamente? Tú no eres hombre para casarte conmigo, Brockton. ¿Por qué privarme ahora de esa oportunidad, de ese verdadero amor que viene a iluminar el camino de mi vida?

—¡Cómo sueñas, Laura! Y no creas que te censure por despecho. Tú lo has dicho. Nada hay eterno entre los dos. Puedes marcharte cuando quieras. Pero tengo derecho a decirte que no has sabido escoger. Me río sólo al pen-

sar que uno de tus sombreros le costará a Jack Madison su salario de una semana.

—Ya suponía que no podrías comprenderme.

—Yo soy el único que comprende algo de todo esto. Jack Madison parte ahora para Sud América, y ¿qué va a ser de ti?

—No te inquietes. Trabajaré hasta que regrese.

—Estás obcecada... y lo siento porque labras tu ruina. Mira, yo creo que con el tiempo hubiera acabado haciéndote mi esposa, y ahora ¿rompes esta probabilidad para enamorarte de un pobre periodista?

—¿Yo tu esposa? ¿Por qué me engañas? Bien sabes que no piensas lo que dices. Los sentimientos que tengo para Jack, escapan a tu sensibilidad. No comprendes.

—No quiero insistir más. Escoge tú misma tu camino.

—Toma tus joyas—dijo ella, devolviéndole un cofre—. ¡No las quiero, no las necesito ya!

—Me alegraría que no las hubieses de echar nunca de menos.

Aquella misma noche, Laura abandonó Colorado, regresando a Nueva York, para emprender a solas su propia vida. No iría a visitar a sus familiares hasta que estuviese casada. Entonces, estaba segura de que su madre la perdonaría.

* * *

Transcurrieron varias semanas. Laura se había instalado en un hotelito de Nueva York. Pero a pesar de las gestiones que había esta-

do realizando para encontrar trabajo, no consiguió obtener ni la más insignificante colocación.

Debía ya dos quincenas en el hotel, y el dueño comenzaba a ponerle cara seria. Cualquiera día la pondría de patitas en la calle. Y ¿qué haría ella entonces en la gran ciudad, sola y sin saber a quién acudir? Jack no escribía, y esto la desesperaba.

Un día supo que su madre estaba gravemente enferma. Cuando quiso ir a visitarla, se encontró con que ya había fallecido. La dejaron entrar a verla por última vez, y lloró largo rato junto a ella.

Después del entierro de su madre, vióse Laura obligada a salir de la casa, pues su cuñado Smith, sin atender a razones, la obligó a marchar. El padre no la defendió esta vez. Estaba furioso porque Laura no le mandaba dinero.

Laura volvió de nuevo a su hotel. Su corazón sólo vibraba por el recuerdo de Jack Madison. ¿Por qué no le escribía? Ella le había mandado varias cartas, sin obtener contestación. Y empezaba a sentir el temor de que él la hubiese abandonado definitivamente.

Cierto día, en un café, encontró Laura a Mary, una antigua compañera de la agencia anunciadora de Brockton, que ahora vivía con un anciano ricachón.

—¡Hola, Laura! ¿Qué es de tu vida? Pero, ¿no te habías ido a vivir con el amo? ¿Cómo te encuentro aquí?

Ella, entonces, le explicó toda su aventura.

—Nunca hubiera creído que fueses lo bastante tonta para dejar a Brockton por un periodista.

—¡Le amo!

—¿Estás segura de que volverá? Mira, yo también he sabido lo que es eso que llaman el mal de amor. Cuando yo era muy joven, creí encontrarlo en un joven arrogante. Se marchó. Me dijo que le esperase. Y le esperé en vano cinco años. Luego supe que se había casado con otra. Que no te vaya a suceder a ti algo parecido. Créeme a mí, vuelve con Brockton.

—¡No! ¡Eso nunca! Me debo a él. ¡Volverá! Y, dime, Mary—agregó con melancolía—. Tú que eres tan buena y generosa, ¿no podrías anticiparme cien dólares?

—¡Tiene gracia! Te repugna ganar el dinero como lo hago yo, ¿verdad? Pero no te repugna pedírmelo. ¡Pues, no te lo daré! Arregla tu vida, como arreglo yo la mía.

Desconsolada, volvió al hotel. Y aun pasaron varios días, sin recibir noticia alguna de Jack Madison, y sin obtener ninguna colocación.

Una tarde, el dueño de la fonda le habló severamente:

—No puede entrar en la habitación, si no paga usted lo que debe.

—Tengan paciencia. Yo les aseguro que...

—¡Nada de excusas! Debe pagar.

¿A quién acudir? A su familia, era imposible. Sus hermanos la odiaban; su cuñado no quería saber nada de ella. En cuanto al padre, también estaba molesto con ella, por no darle dinero. ¿Qué hacer? La perspectiva de pasar una noche en la ciudad, sola, sin amparo de nadie, la estremeció.

Y entonces telefoneó a Brockton, pidiéndole una entrevista. Este hombre, que siempre

había sido bueno con ella, no le negaría ahora un préstamo.

Brockton llegó poco después al hotelito. Ella le esperaba en el hall.

—¿Dónde podríamos hablar sin testigos?—dijo Brockton.

El dueño del hotel, a la vista de aquel caballero, entregó a Laura la llave de su cuarto. Estaba seguro de que iba a caer dinero.

Ya en la habitación, Brockton, con su tranquilidad acostumbrada, dijo a su antigua amiga:

—Pues, ¿qué deseas de mí?

—Quiero pedirte un favor. Tengo absoluta necesidad de dinero. Préstame algo.

—No, Laura, no quiero darte un céntimo. Pero, en cambio, si tú quieres, puedes volver a vivir conmigo. Me gustas aún... y te perdonaría.

—¡Por piedad! ¡Sabes que no puedo acceder a eso!

—¡Pobre Laura! ¿Por qué te mantienes fiel a un hombre que a lo mejor te ha olvidado para siempre? ¿Estás segura de que no se burla de ti?

—El volverá. Me lo dice el corazón. Sé bueno, entretanto, conmigo.

—No te prestaré un solo céntimo. Ya te lo he dicho.

La situación de la joven no podía ser más angustiosa. La iban a echar a la calle aquella misma noche. Tendría que vagar por las grandes avenidas de la urbe, confundida con las noctámbulas que a veces persigue la policía... ¡Qué horror! Y, loca de desesperación, entregándose a su destino fatal, bajó la cabeza. Ya que la abandonaban, ya que nadie la quería, ya

que acaso el mismo Jack la dejara para siempre, volvería con Brockton.

—Bien—le dijo—. Has ganado la partida. Volveré a tu lado.

—¡Magnífico, Laura! Pero acepto con una única condición. Que avises a Jack Madison de que has vuelto conmigo.



—Tengo absoluta necesidad de dinero.

—Bueno, bueno.

Y aquella misma noche, después de pagar la factura, Laura salió del hotel y fué a instalarse en la magnífica casa que Brockton había tomado antaño para ella.

Días después, Jack Madison regresaba a Nueva York e iba al hotel Rose.

—La señorita Laura ya no vive aquí—le dijo

el dueño—. Dejó esta dirección. Dice que ahora vive allí.

Jack tomó el papel, en el que constaba el nombre de ella y una dirección de la ciudad.

Extrañadísimo, llamó por teléfono a dicha casa.

Laura se puso al aparato y sintió una viva emoción al reconocer la voz de Jack.

—Jack—dijo, olvidándolo todo en aquel momento, volviendo a sentir que renacía en su alma el amor de otros días—. ¿Cómo has estado tanto tiempo sin telegrafiar-me, sin escribir-me?

—Me enviaron al interior, a quinientas millas de todo mundo civilizado... y me fué imposible comunicar contigo. ¡Qué alegría tan grande la de oír tu voz! ¿Puedo venir en seguida, Laura?

—Sí... sí...—dijo desorientada.

—¿Cómo estás en esa casa?

—Ya te explicaré. ¡Adiós!

Dejó el teléfono. Se hallaba aturdida. ¿Qué iba a hacer? Seguía amando a Jack con toda su alma. Pero, ¿y Brockton? ¿Qué iba a decir ese hombre?

Entró en una sala, donde se hallaba leyendo su amigo.

—¿Quién telefoneaba?—preguntó indolente.

—Mi modisto, que viene para una prueba.

—No sabía que Jack Madison se dedicase a las modas.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—He oído la conversación. ¿Por qué no le escribiste a Jack que habías vuelto conmigo?

Ella guardó silencio.

—Ya comprendo. Has creído burlarte de mí, utilizándome para que pagase tus deudas. Pe-

ro no estoy dispuesto a consentir que os burleis más de mí.

—Yo misma se lo explicaré todo. ¡Te lo juro! Le quiero demasiado para que continúe esta situación.

—Ya veremos.

Brockton abandonó la casa. Estaba cansado de su amiguita y no quería que ella siguiera burlándose de aquel modo.

Momentos después llegó a la casa Mary, la antigua compañera que no la había querido ayudar en la hora de la desgracia.

Al principio, Laura la recibió con severidad.

—¿Qué deseas de mí?

—¡Ay, Laura, estoy en una situación apuradísima! Mi amigo me ha abandonado y no sé a quién acudir.

—Como yo entonces...

—¡Perdón, perdón!

Laura, que no era rencorosa, le dió un anillo.

—Toma esta sortija. De todas maneras, no pienso llevarla más.

—¿Por qué? ¿Has vuelto a reñir con Brockton?

—Sí, y pienso casarme con Jack Madison. Pero antes necesito confesar a éste todo lo ocurrido durante su ausencia.

—No hagas eso. Jack no te perdonará. Dile que le has mantenido lealtad.

—¡No puedo!

—¡Locuela! Yo, en tu lugar, me casaría con él y me largaría cuanto antes de Nueva York. Hazme caso a mí, que conozco la vida. Pues-to que le amas, defiende tu felicidad, aunque sea con una mentira.

Laura acabó dejándose convencer. Y cuando marchó Mary, ordenó a la criada que preparase las maletas, pues iba a salir con Jack tan pronto como éste llegase.

Jack se presentó instantes después. Ella, al verle, no pudo reprimir su emoción, y se echó llorando en sus brazos.

—¡Vida, vida mía!—le decía Jack—. Perdóname por no haberte escrito, pero no pude hacerlo. Esta separación ha sido larga y dolorosa, pero ahora estaremos juntos para siempre.

—¡Sí, sí!

El se fijó entonces en el lujo que reinaba en la casa, y preguntó:

—Pero, ¿con quién vives en este palacio? ¿Qué haces aquí?

—Son amigos de mi casa y me invitaron a pasar unos días—mintió.

—¡Ah, Laura! Cuando estemos casados, nos olvidaremos de todo el tiempo que hemos permanecido separados.

—¡Tengo tantas ganas de quererte!

—Nos casaremos mañana. Y en seguida partimos para Rusia.

—¿Cómo?

—El director dice que soy un "as" del reportaje, y quiere que embarque hacia Moscou.

En aquel instante entró en la habitación el señor Brockton, que acababa de llegar a la casa.

Sentóse tranquilamente en un diván, y al ver a los novios se echó a reír.

—¿Qué tal, Jack? ¿Cómo ha encontrado la América del Sur?

Jack le observó con sorpresa y no pudo menos de decirle:

—¿Es ésta su casa?

—Sí, y en ella nos encontramos muy bien, ¿verdad, Laura?



—Me encontraba abandonada. No tenía noticias tuyas...

Laura bajó los ojos. Le resbalaban unas lágrimas al ver que todo estaba descubierto.

—¿Es eso cierto?—preguntó, lleno de amargura, Jack.

—Me encontraba abandonada. No tenía noticias tuyas, y entonces encontré a Brockton.

—¡Me has engañado! ¡No quiero saber nada más de ti!

—¡Jack, te quiero! Fué la vida cruel y yo no supe resistirme.

—¡Oh, déjame! ¡Qué pena! ¡Bah! ¡Qué vida tan absurda! ¡A reír, a olvidar esta farsa, esta ingratitud!

Y lanzando terribles carcajadas, abandonó aquel palacio, que era la prueba palpable de su amargura.

Brockton pareció algo conmovido ante el dramático desenlace, y dijo a su amiga:

—Vamos. No pienses ya más en él. No hubieras sido feliz a su lado. Yo siempre he sido bueno contigo y te prometo seguir amparándote.

Pero ella, llorando, se encaminó hacia la puerta.

—¡No! ¡Me voy, no quiero estar más aquí! ¡Nunca más, nunca más!

Y marchó prestamente, sin que su amigo pudiera detenerla. Hizo Brockton un gesto de amargura y, fumando un cigarrillo, se dejó caer de nuevo en un diván.

* * *

El día siguiente era Navidad, y Laura, sin amparo de nadie, cansada de vagar desorientada por las calles, barridas por el frío y la nieve, se dirigió casi de una manera inconsciente a casa de su hermana Peg.

Miró a través de los cristales y vio a Peg

arreglando un árbol de Navidad, al lado de su hijito. Y sintió unas ganas enormes de llorar viendo el error de su vida y comparándola con aquella existencia tranquila y honrada.

De pronto vió llegar a su cuñado Smith, cargado de paquetes. Como conocía el odio que éste le profesaba, se excusó:

—No pretendía entrar en tu casa, no te inquietes. Sólo deseaba ver a mi hermanita desde fuera. Dile a Peg que estoy bien, que no se inquiete por mí.

Su cuñado la contempló con una larga mirada de cariño.

—Vamos, entra y díselo tú misma.

—Pero, ¿de veras me admitís?

—Sí. ¡Pasa, pasa! Brockton habló con tu hermana y le explicó cuánto habías sufrido... y nosotros no queremos ser crueles contigo, y te brindamos nuestra casa.

—¡Gracias, Smith! ¡Qué bueno eres! ¿Y mi padre, y mis hermanos?

—Tus hermanos, trabajando para mantener a tu padre, siempre inútil para toda labor. Pero hay otra persona que te interesa más que nadie: Jack.

—A éste lo he perdido para siempre—dijo suspirando.

—No. No tengas penas por Jack. Brockton dijo a Peg que había hablado de nuevo con él... y que había logrado convencerle de tu inocencia. Y que cuando él volviese de Rusia, vendría a buscarte.

—Pero, ¿de veras, Smith?

—Deja que pase el tiempo y se cicatricen las heridas y verás cómo Jack volverá a ti...

Te ama de veras y volverá de Europa para perdonarte.

Entraron en la casa y las dos hermanas se abrazaron con efusión, mientras Smith sonreía satisfecho y feliz, con la alegría que causa hacer el bien.

FIN

Esta semana aparecerá, en las selectas ediciones especiales

El film de arte, del inolvidable F. W. MURNAU

TABÚ

Un drama de amor basado en una leyenda de la Polinesia

Extenso e interesantísimo prólogo de AURORA BERTRANA de la «Sociedad de Estudios Oceánicos»

Precio popular: 1 pta.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Las mejores novelas de cine las publica

Ediciones BISTAGNE

Recuerde y pida siempre estos títulos:

La Novela Semanal Cinematográfica moderna

Aparece los miércoles

Precio: 25 cts.

El Film Ruso

Novedad

Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece los sábados

Precio: 30 cts.

Éxitos Cinematográficos

Lo mejor

Precio: 50 cts.

La Novela Semanal Cinematográfica extraordinaria

Aparece el último sábado de cada mes

Precio: 50 cts.

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

Precio: 1 peseta

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
